

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

SUMARIO.

Divagaciones.—La corona del señor Ayala.—Teatros.—
Estreno de *El Tanto por Ciento*.



AN escasas son las novedades de la pasada semana que apenas tenemos nada que consignar en este tuiti, bautizado con el nombre de revista.

Esto nos pone de mal humor, nos obliga á divagar á la perfeccion, y no hay cosa mas insulsa que una revista formada sin materiales.

Ni aun crímenes tenemos que referir.

Los últimos suicidios se verificaron en la anterior semana, de manera que para esta solo nos han quedado unos cuantos robos pequeños, debidos al arte maestro de algunos tomadores de baja estofa.

Uno de estos fué aprehendido en nuestra calle dias pasados por los agentes de la autoridad y una muchedumbre de mozos de cordel que corrian en seguimiento suyo: era un jóven de unos quince años: júzguese lo que habrá progresado el arte cuando en edad tan temprana se empieza á ganar con él la vida.

La primavera se ostenta magnífica: en las altas horas calor radiante, despues una temperatura deliciosa.

La Castellana y el Prado siguen favorecidos por una brillantísima concurrencia.

Si embargo, se notan ya de una manera palmaria los efectos de la emigracion.

Nos van abandonando nuestras elegantes damas.

La hermosura del pais cántabro nos priva de esos astros de la nada.

¿Qué va á ser de nosotros en esta sartén enrojecida á fuego?

Si Dios no lo remedia es posible que cantemos pronto la palinodia.

La plazuela de Oriente está animada en las primeras horas de la noche.

Los amantes aficionados á las medias tintas se aprovechan á la perfeccion de las sombras de las acacias y de las murallas para recitar á media voz magníficos idilios y epitalamios.

El amor debe crecer sin duda en la hora de los crepúsculos ó mejor dicho, á la sombra de esos crepúsculos artísticos que produce el ramaje profuso de un árbol que no da paso á los tibios rayos de la luna, sino que los ciernen maravillosamente, descomponiéndolos en una hermosa lluvia de plata.

Todas las gerarquias del amor tienen representantes en la plaza de Oriente en estas noches del florido mayo.

Desde el amor vulgar encarnado en el tipo de la lavandera y el cabo de gastadores, hasta el amor poético encarnado en la grissete espiritualizada por el hambre y el estudiante pobre que apela á su ingenio para componerse en materia de amor, todas las fases de las pasiones humanas ofrecen allí pacíficos espectáculos.

Volvamos á las novedades de la semana: debemos consignar que la de mas bulto es la que afecta á la cuestion de Méjico, objeto de la atencion universal.

En la seccion extranjera verán nuestros lectores el resumen de las últimas noticias recibidas por el telégrafo: reina una espectacion general.

Ya se han colocado en la puerta del Sol las dos farolas que han de iluminar aquel hermoso sitio: son obras de un gusto admirable, y así que esté terminada la fuente deben ofrecer de noche una perspectiva encantadora.

Ya es razon que estas obras toquen á su término; se nos ha perdido ya la cuenta del tiempo que han absorbido; pero en fin, si no se realiza aquello de tarde y mal... nos daremos por satisfechos.

Está de muestra en la elegante libreria de Moro, la corona artística que ha fabricado el señor Fábregas en Barcelona, para el eminente autor de *El Tanto por ciento*, señor Ayala.

Es obra de un mérito superior, magníficamente cincelada y trabajada con grande inteligencia y buen gusto.

El público se agolpa extraordinariamente para admirar la obra de este artista catalán, consagrada á recompensar el ingenio de una de las primeras esperanzas del moderno teatro español.

En la junta celebrada el día 1.º en los salones de la imprenta Nacional, y bajo la presidencia del señor Harzembusc se acordó presentar esta corona al afortunado poeta dentro de algunos dias.

De espectáculos apenas podemos hablar; casi todos los teatros se han cerrado.

Tenemos entendido que la compañía que ha de actuar en el circo de Prica llegará de un día á otro.

Deseamos que esta compañía llene las exigencias del público para que se le hagan mas llevaderas las noches de este verano.

Varietades se cerró; D. Julian y su compañía vuelan á Santander á representar la *Cruz del Matrimonio* y á tomar los baños; de allí se dirigirán á la Coruña con ánimo sin duda de que la referida *Cruz* sea conocida en todas partes; bueno es que la *Cruz* alcance un triunfo universal, pero hay cruces que suelen tener detrás al diablo y la que lleva el señor Romea no tiene uno solo sino dos: el señor Romea va á conseguir que esta cruz sea mas pesada que la cruz de la paciencia.

En *Jovellanos* se ha cantado una zarzuela del segundo poeta Zorrilla con música del señor Balart.

Se titula *Anor y arte*.

Y consta de tres actos.

Es una leyenda fantástica puesta en verso, en el verso propio de Zorrilla, del poeta mas popular de nuestra época del autor de los *Cantos del Trovador*, del poema de *Granada* y de el de *María*.

Sentimos que el nombre del Sr. Zorrilla se halle asociado á una zarzuela, á un género exclusivamente de payaso, donde caben todas las deformidades, donde el arte desaparece, y queda en su lugar una forma donde asienta su dominio el estrago de Churriguera.

Prescindiendo de estas ligeras consideraciones, la zarzuela en cuestion es como hemós dicho una leyenda dialogada: la música es mas que mediana, y á pesar de los esfuerzos de Obregon, único que supo interpretar su parte, porque la señora Rivas estuvo completamente fuera de su carácter, la obra no ha tenido éxito.

El público llamó al autor y se presentó el Sr. Balart en el palco escénico: nadie hizo mencion del poeta, toda la gloria, poca ó mucha, se la llevó el Sr. Balart: esto prueba una gran falta, una ingratitud, una cosa inculcable que pone de relieve el poco aprecio que se hace en España del verdadero génio.

Lo lamentamos por la tendencia que lleva. ¡Economizar un aplauso á Zorrilla y prodigarlos á esos fabricantes de traducciones que han formado un comercio del arte dramático! Es lo que nos faltaba que ver.

En el *Príncipe* se ha ejecutado por la compañía italiana *El Tanto por Ciento*, traducción y arreglo del Sr. Pietriboni.

La traducción de esta obra maestra del Sr. Ayala, ha quedado con muchos claros oscuros, como no puede menos de suceder, tratándose especialmente de una obra en verso.

Perdió la fluidez de su diálogo, la rapidez de los efectos, el contraste particular de la primitiva forma, y la galanura de su estilo: el acto primero y el tercero, sobre todo, aparecen interminables y fatigan al espectador: consiste tambien en que como no tienen efecto en la primitiva creación, como están apoyados simplemente en la hechura y

en la gala y riqueza del diálogo, al pasar al idioma italiano perdieron el colorido conservando los detalles. El acto segundo, que es el de las grandes situaciones, ha conservado su carácter, efecto de su gran movilidad, y por lo mismo ha proporcionado á la señora Santoni uno de sus triunfos mas bellos, porque le ha sabido interpretar de un modo admirable, con una maestría prodigiosa, con una perfección indescriptible, que evidencia hasta qué grado llegan las facultades de esta actriz, y á que altura se sabe colocar en todo cuanto hace.

El acto segundo le ha representado de una manera nueva para nosotros, la hemos visto crearse recursos en la escena, inspirarse en ella, crecer en ella, y multiplicar las situaciones con su poderosa influencia, con su arte maravilloso, con ese arte instintivo que no se aprende ni se enseña, sino que se siente y se hace admirar.

La figura de la señora Santoni tiene el privilegio de llenar la escena en todo cuanto somete á su interpretación: no posee el estudio del arte, pero siente sus inspiraciones y por lo mismo parece derramar oleadas de luminosidad sobre todo cuanto toca.

Felicitemos sinceramente al autor de *El Tanto por Ciento*, por lo mucho que en el extranjero se admirará su obra, interpretada por esta celebridad dramática.

Ninguno de los demás actores estuvo en carácter: el Sr. Prósperi tuvo algun momento feliz: el Sr. Bartolini confundió lastimosamente la parte de Roberto, presentando esta figura con tintas mas repugnantes: el Sr. Bartolini es un actor de grandes facultades cómicas, y es lástima que no las empleara en esta obra con el acierto que las ha empleado en *María Giovana* y en *Bruno el Tejedor*.

Posteriormente han puesto en escena *Catherina de Médicis*, drama original del poeta de la compañía. En las revistas sucesivas nos seguiremos ocupando de los trabajos de estos artistas, cuyos esfuerzos no hallan la conveniente recompensa.

Parece ser que el Sr. Delgado se dispone á hacer frente á Salas en la contrata del Príncipe. Cuenta para ello con la Matilde Díez, los Catalinas, Pizarroso y Fernandez: aseguran que se dispone á ofrecer el doble de lo que costaba el coliseo el año que ha finalizado: deseamos vivamente saber el resultado de esta competencia; no se hará ya mucho esperar.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LA LITERATURA EN LA MUJER.

ALEJANDRINA ARGUELLES TORAL Y BEVIA.

Una prueba innegable, un ejemplo patente de que el poeta nace, es la señorita de cuya interesante biografía vamos á ocuparnos con particular placer.

Tambien este ángel, esta hermosísima niña, que ha subido al cielo con la inmarcesible corona de las vírgenes, hará ver á los detractores de las poetisas lo que ya llevo dicho en diferentes ocasiones, y que repetiré una y mil veces si necesario fuera.

No es ni puede ser nunca la literatura la que hace de la mujer una esposa descuidada, que abandona sus deberes y sus mas caros afectos por el cuidado de trazar algunas líneas para el público.

¡Ah! ¡No! La literatura no hace de la mujer una mala hija, ni aun siquiera indiferente ó desdenosa para con los autores de sus días. Alejandrina nos probará lo contrario ninguna: mas dulce, mas tierna, ni mas cariñosa; ninguna con mas abnegación ni más pronta á sacrificarse en aras del amor, de la gratitud, de la amistad, y de todos los santos y purísimos afectos de la tierra.

Es verdad que cierta parte del público ha llegado á juzgar á la escritora como á un tipo especial, muy semejante al que no há mucho nos ha presentado en una cónica piececita un distinguido poeta, haciendo recaer el ridículo en la literatura, cuando solo debiera confundir á la marisabidilla ignorante y vana, que, llevada de un amor propio exagerado, llega á creerse un genio, un portento de sabiduría, y en esta creencia hace una profesión de lo que solo debiera ser un bello adorno, desdenándose, desde el momento en que tan alta se considera, de ocuparse en los triviales quehaceres domésticos, siquiera el resultado de ellos sea la salud y el bienestar de sus hijos y de su esposo.

¡Ah! Yo la primera lanzaré los rayos de mi indignación sobre las que ese concepto merecen. Táchelas, en buen hora, la crítica y el público ilustrado; pero no se las confunda con el verdadero genio, con la modesta poetisa, que, desconociendo su propio mérito, consagra su vida á las delicias del hogar doméstico, hallando satisfechas todas sus ambiciones si ve coronados sus desvelos por una sonrisa afectuosa de los seres á quien ama, y por la benevolencia del ilustrado público, que recibe el fruto de sus vigilias cual un destello de entusiasmo por la poesía, como una ofrenda que dedica con fraternal cariño á la humanidad entera.

Dejaré las dolorosas reflexiones, para demostrar con el ejemplo lo que llevo dicho.

Alejandra nació en Irun el día 20 de setiembre de 1845. Era hija del Sr. D. Lucio Argüelles Toral y de doña Dolores Ileva.

Desde su primera edad comenzó á demostrar las eminentes dotes que, desarrolladas en poquísimos años, debían enaltecerla de una manera prodigiosa, dejando unida á su gracioso nombre la triple aureola de poetisa, cantante y compositora.

Apenas contaba cuatro ó cinco años, cuando demostró su precoz talento y la esquisita sensibilidad de su corazón. En su alma noble, grande y apasionada, halláronse reunidos todos los generosos y puros sentimientos de la vida, formando del amor de sus padres y de su familia una adoración, un culto especial, que embargaba sus sentidos de una manera absoluta.

Recorramos la bellísimas páginas de sus encantadoras poesías, y se encontrará en todas ellas rasgos de la infinita ternura de su alma pura y candorosa.

Encanta oírsele esclamar con inimitable gracia, dirigiéndose á su hermana Matilde:

Ángel divino,
Rosa de Abril
Niña hechicera,
mi serafín.
Tú eres mi encanto,
Tú eres mi amor,
Tú eres el ángel
De mi ilusión.

En otro lugar dice á la misma:

No hay rosa que se parezca
A ti, Matilde querida,
Porque en tu cara de ángel
Siempre los colores brillan.

En otra, llamándola su musa de inspiración, exclama:

Inspiración fecunda,
Raudal ardiente,
Que vida y entusiasmo
Das á mi mente.

Mil sonrisas amantes
Tú me devuelves,
Mi Matilde hechicera,
Perla de Oriente.

Mil y mil ejemplos pudiera citar que demuestran el talento poético y el ardiente amor que profesaba á su familia; empero

como los límites de este periódico no me permiten dar á este artículo la extensión que quisiera, me ceñiré á presentar los principales rasgos, rogando á mis lectores no dejen de leer estas lindas poesías, que en la actualidad se publican en *La Elegancia* de Irun, y que yo no vacilaría en titular *Flores de la inocencia*, porque todas ellas respiran el agradable perfume del candor, de la modestia y de la angelical pureza de un alma virginal que apenas entrecabrió su cáliz á las mundanas brisas.

¡Qué inimitable, qué arrebatadora se muestra cuando á la corta edad de ocho años, y después de restablecida de una enfermedad, felicita los días á su tiernísima madre, en la composición cuyos primeros versos son:

Ni ver la brillante aurora
Cuándo hermosa se presenta,
Ni la salida del sol
Cuándo radiante se muestra!

¡Quién al ver esta poesía, en la cual se adivina el genio eminentemente poético de su infantil autora, no siente conmovida su alma?

Del mismo modo que cuando con igual motivo dice á su papá:

Ya viene el mes de marzo,
Tan alegre y florido,
En él los ruiseñores
Cantan sus dulces trinos.

También para la amistad tiene bellísimos versos, y pensamientos tan sublimes, que causa admiración el creer haya podido concebirlos una niña. Semejantes á este y otros muchos que sería prolijo enumerar le decía á su amiga Elvira:

Flores dan á la hermosura,
Y laureles al talento,
A la inocencia violetas,
Y á la virtud mirtos bellos.
A ti, Elvira, que posees
Esos dones verdaderos,
Mirtos, laureles y rosas
Siempre te darán en premio.

A su papá dedicó preciosas romanzas, que merecieron la honra de ser puestas en música por su distinguido maestro don Baltasar Saldoni, al cual, y dicho sea de paso, tampoco se olvidó de consagrar una de sus mas perfectas y acabadas poesías.

Lo que llevo dicho basta para probar que la señorita doña Alejandrina Argüelles Toral, á la temprana edad de catorce años, era una poetisa, era un verdadero genio; pero tan eminente, tan sublime, tan grande, que no tenía espacio en la tierra para estender sus gigantes alas, y se agostó en flor, consumido por su propio fuego.

Su alma sentíase conmovida por todos los acontecimientos elevados, y dejábase arrebatada por el sentimiento, demostrando sus impresiones á cada paso, ya saludando las poblaciones que la recibían en su seno, ya felicitando á la Reina en *Coradonga* ya por la toma de *Tetuan*, por el natalicio del Príncipe de *Asurias*, por la muerte de *Guzmán*, por la inauguración del *Canal de Isabel II*, por la del teatro de la *Zarzuela*, y por otros muchos importantes acontecimientos que inflamaban de un santo entusiasmo su juvenil corazón.

Trasladado su papá de administrador de contribuciones indirectas á Granada en 1832, y cuando apenas la hermosa niña contaba siete años, vió en la arabesca ciudad cuanto de bello encierra, siendo los recuerdos que conservó de la Alhambra y del Albaicín, de sus lindos cármes y de su ilustrado Liceo, un fuerte estímulo y notable desarrollo para su ardiente y privilegiada imaginación.

Ya que la hemos juzgado, aunque ligeramento, como literata, darémosla á conocer como cantante y compositora, género difícilísimo, y en el que no sobresalió menos que en la poesía.

Alejandrina comenzó en Córdoba sus estudios musicales, aprendiendo las primeras notas bajo la dirección de una señorita, y cuando apenas contaba ocho años.

Después pasó á Madrid, y los continuó en grande escala, dirigida por el eminente maestro D. Baltasar Saldoni, con

quien aprendió el solfeo, el canto y la armonía, perfeccionándose en el piano.

Al cumplir los doce años era una notabilidad, teniendo admirado á su maestro sus rápidos progresos, hasta el punto que una noche la presentó en uno de los conciertos que este profesor suele dar en su casa con el laudable objeto de dar á conocer los adelantos de sus discípulos.

Es imposible pintar las impresiones, el entusiasmo y admiración que hizo sentir en la escogida concurrencia la infantil Alejandrina. Niña aún, víerola colocada á la altura de una cantante de gran práctica: sus elegantes maneras, su magestosa y grave actitud, la expresión y colorido que daba á las frases y períodos musicales, su afinación y pastosa voz, formaban un conjunto de brillantísimas dotes que revelaban á una grande artista, ó mejor dicho, á un ángel del cielo, embriagándonos en deliciosas armonías. Aquella tierna y gratísima voz hacía sentir los afectos que la cantante expresaba con todo el fuego de la pasión, con toda el alma de una mujer poseída.

Los progresos fueron iguales en la composición y la armonía. Á los cuatro meses de estudio, conocía perfectamente esta, y analizaba cuanta música veía.

Compuso algunas piecitas para piano y para piano y canto, entre ellas una preciosa romanza, que fue aplaudida y admirada por cuantos inteligentes la escucharon, mereciendo por ella la distinguida honra de ocupar una página de las *efemérides de músicos españoles*, escritas por el señor Saldoni, en las que se hace justicia á su relevante mérito.

¡Ah! ¡Qué pérdida tan dolorosa para el arte musical, para el literario, y para el nombre español!!!.

La temprana muerte de Alejandrina arrebató al horizonte de nuestra patria un astro brillante, pero de tal magnitud, de tan magnífico fulgor, que hubiera sido una de nuestras mas eminentes glorias.

Ea lo he dicho en otro lugar, su génio no cabía en el mundo, y agostóse á impulsos de su propio fuego.

Á los catorce años comenzó á sentir los padecimientos de la cruel enfermedad que debía conducirla al sepulcro. Durante el largo período de sus incesantes dolores, no se desmintió su serenidad, la hondad de su corazón ni su angelical mansedumbre.

Hasta en los últimos momentos demostró la inmensa ternura que profesaba á su familia, procurando ocultarles la gravedad de su mal y consolando á todos, en particular á su amantísima madre, cuyos pesares sentía con dolorosa amargura.

Llevaronla por consejo de los médicos á Valencia, con la esperanza de que recobrase la salud, y fué la hermosa y purísima niña á dormir el sueño de los ángeles en la ciudad de las flores, arrullada por las brisas primaverales y los murmullos del mar.

Era jueves Santo cuando rindió su espíritu al Señor: día célebre y sagrado, que unido á fecha de 5 de abril de 1860, quedó cual un recuerdo indeleble en las almas angustiadas de sus amantes padres y su tierna hermana.

FAUSTINA SÁENZ DE MELGAR.

CAROLINA.

LEYENDA ORIGINAL, DEDICADA

á la Excm. Señora Duquesa de Veraguas.

(Continuacion.)

—Y con qué pagaré yo tanto agradecimiento? dijo la Condesa dejando el bolsillo encima de la cama.

—¿Y no podremos saber el nombre de nuestra bienhechora? preguntó Doña Juana exprimiendo las lágrimas.

—Al momento, dijo la Condesa, y sacando una tarjeta se dirigió á Carolina y la dijo, ahí tienes mi nombre y las

señas de mi casa, tan pronto como estés en disposición de trabajar ves á verme y que vaya en tu compañía esa vecina que ha cuidado á tu madre, pues la quiero dar alguna ropa para que vista á sus niños, y besando á la madre y á la hija salió de la habitación.

Doña Juana y Carolina estuvieron á la puerta hasta perder de vista á la Condesa colmándola de bendiciones.

Completamente restablecida doña Juana y Carolina se presentaron en casa de la condesa acompañadas de la vecina. La señora las recibió con la mayor amabilidad y llegada la hora del almuerzo las hizo sentar á la mesa en compañía de sus hijos. La condesita, que así llamaban los criados á la hija de la condesa, no porque la correspondiese el título, sino para demostrar su carácter soberbio y orgulloso, la condesita, como digo, no puso muy buena cara al ver invadida la mesa por huéspedes tan prosaicos; durante el almuerzo apenas habló y su única y exclusiva ocupación fué recoger su lujoso vestido para evitar que rozase con los de aquellas pobres gentes, sin duda por miedo de que se pegasen la sencillez y los buenos sentimientos de las convidadas.

Todo lo contrario hizo D. Fernando, que así se llamaba el hijo de la condesa, estuvo tan fino y obsequioso que varias veces fijó en él sus miradas la condesa para demostrarle cuán de su agrado eran aquellas atenciones que dispensaba á las convidadas.

Concluido el almuerzo la condesa le dijo á Carolina.

—Si tu madre es gustosa, desde mañana puedes venir á coser y repasar la ropa hasta que encontremos labor que produzca mas.

—Señora, dijo doña Juana, yo no descubro mas que encontrar ocasiones en que manifestar mi agradecimiento. Carolina vendrá desde mañana, y aun cuando tenga labor que produzca mas, no dejará de venir mientras V. la necesite y si V. me contempla útil vendré tambien.

—Gracias, gracias. No hay mas que hablar, que venga desde mañana Carolina, aqui la daremos almuerzo y comida y si V. no tiene escrúpulo tambien podrá llevar á casa.

—Lo que V. quiera y como V. quiera. ¿A qué hora tiene que venir?

—A las ocho, si puede. Y ahora vamos á buscar alguna ropita para los niños, vengan Vds. conmigo.

Salieron del comedor y quedaron solos los hijos de la condesa.

—¿Qué te han parecido las convidadas? Preguntó don Fernando á su hermana.

—Lo que me parece, dijo la condesita, que si Dios no lo remedia esta casa se convertirá en Hospicio.

—Pues como esperes que Dios lo remedia te cansarás de esperar, porque yo creo que el hacer bien es lo que mas agrada al Ser Supremo.

—¿Y para darte de almorzar era preciso sentarlos á nuestro lado?

—¿Pues no son hijos de Dios y hermanos nuestros?

—Serán todo lo que quieras, pero están llenos de miseria....

—La que está llena de miseria y egoísmo eres tú, pues aun cuando no vieras mas que mamá goza en eso debias ser mas tolerante, que si tú hubieras nacido pobre bien te gustaria encontrar quien socorriera y remediara tus necesidades.

—Si yo hubiera nacido pobre ya no viviria.

—¡Magnifico! vaya una religion estraña. Dejarias de acreditar una vez mas el poco seso que tienes.

—Menos tienes tú, dijo la condesita y levantándose furiosa desapareció del comedor.

A poco rato entró la condesa seguida de sus protegidas que se despidieron de D. Fernando dejándole encargado que hiciera presente sus respetos á su señora hermana.

Al dia siguiente fué Carolina á casa de la condesa, se encargó de la labor y con la mayor puntualidad siguió cumpliendo su obligacion y grangeándose la voluntad de la señora.

Una mañana, en que la condesa y su hija habian salido, entró D. Fernando en el gabinete, se acercó á Carolina y con mucha amabilidad la dijo:

—Buenos dias, Carolina.

—Buenos los tenga V., señorito.

—¿Se trabaja mucho?

—Así, así.

—Yo tenia que pedir á V. un favor.

—En cosa que yo pueda, mande V.

—Quería que tuviera V. la amabilidad de marcarme esta docena de pañuelos, pero deseo que lo haga V. en casa, pues me los han regalado y no quiero que mamá se entere.

—¿Y si sabe que los he marcado yo y me reprende por no habérselo dicho?

—¿Qué necesidad hay de que lo sepa?

—Señorito, francamente, no me atrevo, porque sentiria disgustar á la señora Condesa.

—Vamos, eso quiere decir que no quiere V. marcarlos.

—Los marcaré, pero con la condicion de que no lo ha de decir V.

—Pues, es claro. No faltaba mas.

—¿Y para cuándo los quiere V.

—No me corre prisa, cuando V. pueda.

—¿Son doce? Pasado mañana estarán.

—Escusado es advertir que me los entregue V. sin que mi mamá lo vea.

—Comprendo.

—Vaya, adios Carolina y gracias. En cualquier cosa que V. me necesite, siempre encontrará V. en mi un amigo.

Salió D. Fernando del gabinete y Carolina quedó prendada de la naturalidad y sencillez del señorito.

Fué por la noche á casa y contó á su madre lo que habia pasado.

—Eso será, dijo doña Juana, regalo de alguna señorita, márcalos con esmero que bien lo merece D. Fernando, no así su hermana que siempre que nos ve pone una cara tan seria y disgustada que quita las ganas de saludarla.

A los dos dias entregó Carolina los pañuelos perfectamente marcados.

—Muy bien, Carolina, dijo D. Fernando, veo que se has esmerado V. y deseo que admita este pequeño obsequio y al mismo tiempo dejo en el canastillo de la labor alguna monedas envueltas en un papel.

—De ningun modo, dijo Carolina ruborizándose, mi trabajo no merece la pena, lo que deseo es que V. me mande.

—No Carolina, si V. no admite esa pequeña recompensa, esté V. segura que será la primera y última vez que me tome la libertad de molestarla.

—¿Pero, señorito, como he de admitir finezas de personas á quien tantas debo? Además mi madre se incomodaria muchísimo y yo no quiero disgustarla.

—¿Y qué necesidad tiene de saberlo su madre de V.

—¡Me estraña que hable V. de ese modo!

—¿Por qué?

—¿No quiere V. á su mamá?

—Con toda mi alma.

—¿Y queriéndola podria V. tener alguna cosa oculta para ella?

—No siendo de importancia...

—Pues para mi todo es importante, porque tal vez por ocultarla alguna cosa que me parezca sencilla, puede proporcionarla un disgusto.

—Al contrario, Carolina, puede V. hacer á su madre una fineza, y permitame V. que lo diga, pueden Vds. atender á las necesidades mas urgentes; por lo cual suplico á V. que admita esa recompensa y si su madre de V. no la quiere recibir quedaré convencido, pero si V. se niega á tomarla creeré que es un desprecio.

—Porque vea Vd. que no es desprecio, la tomo, pero con esa condicion. Si mi madre no es gustosa no la recibo.

—Muy bien. Adios Carolina.

Llegó la noche y en cuanto Carolina vió á su madre la dió el papel, lo desenvolvió doña Juana y vió que contenia tres monedas de cuatro duros y toda asustada dijo á Carolina.

—¿Quién te ha dado esto?

—El señorito D. Fernando.

—¿Y por qué lo has tomado?

—Porque parecia feo no admitirlo y darle un desprecio; además, me lo ha suplicado con tanta finura y amabilidad....

—No hay amabilidad que valga. ¡Pues es una friolera, doce duros por marcar doce pañuelos! Tú eres tonta, ¿no conoce que es una recompensa exagerada?

—Yo no sabia lo que contenia el papel, que á saberlo no lo hubiera admitido.

—Eso debieras haber hecho y no que ahora es muy fácil que perdamos el bien que tenemos por una tontería tuya.

—Eso no, yo lo he tomado con la condicion de que si usted se incomodaba se lo devolveria.

—Calla, hoba, no conoces que eso era un recurso para conseguir que lo tomases.

—¿Y entónces... cómo lo arreglamos?

—Mañana lo veremos.

A la mañana siguiente fué Doña Juana á casa de la condesa, contó lo que habia pasado y la entregó las monedas.

La Condesa quedó pensativa y despues de reflexionar dijo á Doña Juana.

—Hija mía, las dos somos madres y tenemos que hablar con franqueza. Hace algunos días que he conocido que mi hijo tiene interés en buscar ocasion para hablar á Carolina, y por lo tanto y para evitar disgustos he determinado que Carolina deje de venir.

Yo la mandaré labor y V. se encargará de traerla.

—Muy bien, señora, eso mismo es lo que yo venia á proponer á V.

—Me alegro de haber adivinado el pensamiento, y ahora quiero que oiga V. la reprension que doy á mi hijo para que V. quede satisfecha y Carolina disculpada.

Tiró de la campanilla y entró un criado al cual mandó llamase al señorito.

A los pocos instantes se presentó este y con mucho cariño dijo á la Condesa.

—¿Llamaba V., mamá.

—Sí, dijo la Condesa con gravedad, te llamo para que veas el efecto que ha producido tu imprudencia.

Has dado á Carolina unos pañuelos para que los marque y con este pretexto la has insultado dándole esas monedas.

—Mamá, siento que V. haya interpretado mal mi intencion.

—Y yo siento que me reconvengas. ¿Es decoroso ofrecer dinero á una jóven? ¿Es prudente ocultarse de su madre para una cosa tan sencilla? ¿Crees, por ventura, que tu posicion te autoriza para herir la delicadeza de esta señora? ¿Piensas que el dinero te dá derecho para faltar al respeto atropellándolo todo?

—Mamá, suplico á V. que...

—Y yo te advierto que no vuelvas á cometer semejantes imprudencias... Puedes retirarte.

D. Fernando salió del tocador pesaroso de haber disgustado á su mamá.

La Condesa se dirigió á doña Juana y la dijo:

—Espero que no reprenderá V. á Carolina, pues el culpable es mi hijo.

—No señora, no la regañaré, lo que siento en el alma es que por nosotras haya V. tenido este disgusto.

—Como ha de ser, peor hubiera sido no saberlo.

—V. me dirá cuando y á que hora he de venir á buscar labor.

—No tiene V. que molestarse, mañana la mandaré.

Y besándose las dos madres se despidieron, bien agenas de lo que habia de suceder.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ.

A la muerte de mi hijo Modesto Peñuelas Coca.

SONETO.

El corvo alfange de la parca fria
Segó en la flor tu juventud lozana,
Cuando eras, hijo, la ilusion galana,
La hermosa luz de la existencia mia.

Radiante el porvenir te sonreía
Sin nubes, en tu edad pura y temprana;
Hasta que el hielo de la muerte insana
Secó la vida que en tu frente ardía.

Ahora solo en orfandad y llanto,
¿A do, hijo mio, en mi tetal desvelo

Podrá encontrar sosiego mi quebranto?

¡Descansa en paz! yo alcanzaré consuelo,

Orando al pie de tu sepulcro santo,

Para poder mirarte allá en el cielo!

JUAN PEÑUELAS.

Daimiel 16 de mayo de 1862.

EL CONVE FULBERTO AMAYA.

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

I.

Era la tarde del 12 de enero de 1540.

La bóveda celeste estaba oculta tras densas nubes, quedando absorvidos por sus ondulantes pliegues los últimos rayos del sol que ya llegaba al término de su carrera.

La noche comenzaba á cobijar bajo su negro sudario la poblacion tranquila de Bruselas.

Un helado vienteillo azotaba el rostro de los pocos transeuntes que á pasos agigantados cruzaban las casi desiertas calles.

Gruesos copos de nieve se cernian en el espacio y se sentaban sobre la superficie, formando esa hermosa sábana, bajo la cual el poeta contempla la naturaleza envuelta en una misteriosa calma y llena de sublime poesia.

El crepúsculo hacia flotar sus vaporosas sombras sobre los edificios.

Las campanas con sus lúgubres plañidos llamaban á la oracion de la tarde.

Por do quiera reinaba el silencio tétrico que vela la mansion de la muerte, esa paz absoluta que nos pasma é intimida al penetrar en los cementerios.

Hay horas sombrías como el cuadro del pasado visto con ojos nublados por el pesar, horas en que nuestro pecho se halla abierto para las emociones tristes, y el alma se pasea por entre un tropel de deshechas felicidades.

Estas horas son como una espesa halla interpuesta entre el hombre y su porvenir. Ellas le hacen volver su vista hácia detrás, y contemplar el corto espacio que lleva recorrido cuando quizá pisa ya la línea de su ocaso.

Indudablemente la vida del hombre es un fugaz meteoro en la que solo se conoce la rapidez de su duracion, y cuya marcha probable es el mas loco extravío.

Jóvenes, no la sabemos apreciar; ancianos, no la podemos conservar.

Ahí la vida es primero una furiosa lucha entre la impotencia y el deseo; después un paso hacia la muerte.

Cuando creemos comprenderla se nos escapa de las manos.

Las calles de Bruselas, desiertas, se prestaban á todas estas reflexiones, que cual fantasmas vengadores se cebaban en la mente de un hombre que discurría por ellas.

Iba completamente embozado en su ancha capa, y sus piés movidos con velocidad, dejaban su huella grabada en la intacta alfombra de nieve.

No detuvo su marcha hasta llegar al pórtico de la iglesia de Santa Gúdula, centro de las visitas religiosas de la aristocracia de la ciudad en aquel tiempo.

Sacudió su capa hordada por espumosas manchas, se despojó del sombrero, y penetró en el templo.

Dentro del espacio sagrado el desconocido no pudo menos de quedar sumergido en la inmensidad de una inspiración santa y superior.

La oscuridad del santuario, interrumpida por el brillo de las luces, realzada por las proyecciones de las columnas que se levantaban cual soberbios gigantes, daban al conjunto un realce de magestad que contrastaba soberanamente con la pequeñez de su alma combatida.

Una lámpara de oro artísticamente esmaltada, destellaba rayos de luz en el negro fondo de una capilla.

En este pequeño recinto dorado por los reflejos de la lámpara, se veía un precioso lienzo del Ticiano, que representaba á la Madre de Jesús traspasada por los crudos aceros que se clavaron en su pecho durante su estancia en el mundo.

A los piés de esta sublime producción del artista, cayó el hombre que acababa de penetrar en el templo. Era alto, robusto, vestía el traje de caballero de la Edad Media y de su cintura pendía una magnífica espada. Su frente espaciosa y despejada revelaba una alma grande, y en las profundas arrugas que la surcaban se leía toda una historia de ambiciones y deseos rotos en el escollo de lo imposible.

De su dominante mirada que entonces no osaba levantar del suelo, se escapaban respaldores de soberbia que no dejaban duda de que aquel hombre hubiera gozado viendo temblar la tierra á la voz de su despótica voluntad.

Era Carlos I de España y V de Alemania, Carlos V, que despojado por un instante de sus pasiones borrascosas, iba á disfrutar de las dulzuras de la religión, con el placer del naufrago que libre del oleaje furioso que se esforzaba en sepultarle bajo su inmenso torbellino, se encuentra en la playa tranquila de salvación.

Antes de abandonar su régia morada había padecido horriblemente.

Las ambiciones rotas parece que aprovechaban el imperio declinante que aun conservaban sobre él para atormentarle con desesperada crueldad.

Aquellos delirios que habían descubierto á su mente sobreexcitada un horizonte infinito de grandeza, desaparecían como un fenómeno de fosforescencia.

El hielo del imposible iba ya apagando sus descos ardientes de *monarquía universal*.

En cambio la realidad mas amarga se le presentaba envuelta en una túnica fúnebre, y le ponía delante de sus ojos las páginas de un porvenir angustioso.

Y allá á lo lejos cual una masa fantástica columpiando entre las nieblas del crepúsculo, miraba con el corazón oprimido la

celda solitaria á que le habia de llevar la fuerza del destino.

El preveía todo esto, porque como Julio César, Carlo-Magno y todos los hombres que han conquistado una página inmortal en la historia, poseía la doble vista para leer el porvenir.

Y cuando sus sueños se desvanecían, cuando el universo para él se concentraba en un convento; cuando la voz atronante de la revolución hendía los aires, cuando la *Reforma* le desafiaba, como un gigante atrevido, se acordó que hay una fuerza sobrehumana que rehabilita al hombre cuando la fatalidad se empeña en derrumbarle la religión.

El habia conservado siempre este sentimiento entre los pliegues de su corazón, que aunque sofocado por sus soberbias pasiones, despertaba siempre ante la tribulación.

Cuando se vió frente á la Dolorosa, el león vencido conoció su pequeñez y dobló humillado su rodilla en tierra.

La oscuridad del santuario infundió terror á su alma; y aquella paz no interrumpida, le hizo sentir la felicidad de los justos, que se satisfacen con aquello que les concede el destino.

Entonces oró.

Su corazón dolorido sintió un alivio sobrehumano.

Por un instante reconoció su locura, desapareció su ambición, se dulcificaron sus tribulaciones... era feliz.

Pero su felicidad era la calma de unos sentidos, que los grandes dolores han adormecido, ó los goces puros de una alma grande que se eleva un momento sobre la soberbia y torpe materia.

Después descendió de las célicas alturas á que se habia elevado, y se tendió nuevamente sobre el fango de la tierra.

Se levantó, dió unos pasos, y quedó asombrado.

De rodillas, en la primera grada de un altar, descubrió un bulto negro.

Se acercó y vió una mujer entulada, orando fervorosamente. ¿Sería una desgraciada espiondo un crimen? Lloraría acaso huérfana y desvalida?

Estas y otras reflexiones cruzaron por su mente.

De todos modos su suerte debia ser infausta, quizá trágica. Por esto interesó al monarca.

Tenia poder para derramar sobre ella el bien con prodiga mano... podía prometerle... cuanto está en las facultades de un rey conceder á una mujer!... Por esto se decidió á esperarla.

Pronto murmuró un adiós tiernísimo, ó mejor un gemido desgarrador, y se preparó á salir.

Carlos V la esperaba inmóvil como una estatua.

Los vestidos de la desconocida chocaron en la punta de su espada, y él retrocedió dos pasos.

La entristecida mujer se atrevió á fijar su vista en aquel hombre.

Tenia sobre sí la inmensa mirada de Carlos V.

Se aterró, se estremeció, y cual si hubiera serpeado por su ser una corriente eléctrica, principió á temblar.

Repuesta algun tanto de su turbación, dejó caer el negro velo sobre sus nublados ojos.

Carlos V se apoyó en un pilar de granito, y se restregó los ojos creyendo que habia visto sin duda una criatura celeste evaporada después en el espacio como una bella ilusión.

Se olvidó de todo y se decidió á seguirla.

Ambos salieron de la iglesia sucesivamente.

El monarca, sin embargo, tuvo en breve que abandonar la dirección que le habia marcado su deseo.

A pesar de la capa con que se esforzaba en ocultar el rostro, fué conocido por uno de sus privados, que por casualidad le salió al encuentro.

Quiso disimular, y aceptó su compañía para llegar á palacio, pero jurando interiormente volver al otro día á Santa Gúdula para hablar á la desconocida.

(Se continuará).

GABRIEL HERRAINZ.

CRONICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

Paris 20.—El Monitor de hoy dice lo siguiente:

«Las circunstancias que han determinado las últimas resoluciones de los plenipotenciarios del emperador en Méjico, son objeto de apreciaciones diversas por parte de la prensa francesa y de la extranjera.

Parécenos oportuno, á fin de ilustrar la opinion pública, reproducir aqui las cláusulas de la convencion de Londres y las instrucciones con que M. de Saligny y el vice-almirante Jurien de la Graviere se han inspirado para renunciar á negociar con los plenipotenciarios de Juarez y para hacer avanzar nuestras tropas sobre Méjico.

Nosotros tomamos estas citas de los documentos diplomáticos que han sido comunicados al Senado y al Cuerpo legislativo al empezar la presente legislatura.»

(El Monitor inserta en seguida el preámbulo de la convencion de 31 de octubre y los artículos 1.º y 2.º del convenio, y despues continúa:)

«El sentido que el gobierno del emperador atribuia á estas disposiciones, se encuentra fijado en las instrucciones que el ministro de Negocios extranjeros dirigia en 11 de noviembre último al vice-almirante Jurien de la Graviere, que habiendo sido comunicadas al mismo tiempo á los gabinetes de Londres y Madrid, empezaban diciendo «que el interés de nuestra dignidad y consideraciones poderosas por las circunstancias climatéricas del litoral, se reunian para exigir un resultado pronto y decisivo» y concluian por las palabras «que la expedicion tenia por objeto asegurar á los residentes extranjeros la proteccion y las garantías que les han faltado hasta el presente.»

Item 20.—Continúa una viva polémica entre los periódicos respecto á los últimos sucesos de Méjico. El Monitor publica los dos primeros artículos del tratado de 31 de octubre y las instrucciones dirigidas el 11 de noviembre por el ministro de negocios extranjeros al almirante Jurien de la Graviere. El gobierno aprovisiona el cuerpo expedicionario en Méjico, y segun la Patrie, si las necesidades del servicio lo exigen marcharán refuerzos de Francia á principio de otoño.

Londres 21.—El Times de hoy publica un nuevo artículo acerca de la cuestion de Méjico, en que examina las intenciones que se suponen á Francia en la expedicion. El periódico citado les desea un éxito feliz, bien que Francia quiera conquistar el pais para sí, establecer á Maximiliano en el trono, ó sencillamente cambiar el actual gobierno de Méjico.

El Morning Post sienta que Francia intervenga en el interior de Méjico, y espera que conociendo los inconvenientes de la expedicion, volverá á llamar á sus tropas dentro de un breve plazo.

Roma 21.—En el consistorio de hoy han tomado el capelo los dos cardenales españoles y han sido preconizados los obispos de Gerona y Lérida.

Nápoles 20.—Ha marchado la flota francesa, dirigiéndose á Argel.

El almirante Rigault queda con dos buques en Nápoles.

El príncipe Napoleon es victoreado en los teatros.

Se asegura que monseñor Tipaldi, administrador de la diócesis de Nápoles, y muchos canónigos han sido presos.

Marsella 20.—El general Goyon ha llegado. En su orden del día al salir de Roma, designó al general Hugies para sucederle interinamente en el mando, añadiendo que en nada ha variado la mision que llena en Roma el ejército francés.

Paris 21.—Las noticias de Veracruz del 24 anuncian que los franceses se habian apoderado de un pequeño fuerte.

Entre los motivos que han impulsado á Francia á empezar las hostilidades, se cuenta el asesinato de muchos soldados franceses.

Han sido cortadas las provisiones por los mejicanos.

Almonte ha publicado una proclama. Muchos habitantes se han declarado en favor de Almonte.

Cassel 20.—Ha sido desechado el ultimatum de Prusia, y se han roto las relaciones diplomáticas.

Londres 25.—Las noticias de Nueva-York del 10 dicen que ha quedado abierto á la circulacion el camino de Orleans á Memphis. Habian sido destruidas muchas existencias de algodón.

Ha sido tomado el fuerte Jackson.

Vainte mil federales ocupaban á Westpoint.

Los confederados han pasado el rio James, pero se hallan faltos de provisiones.

Turin 20.—El rey sale hoy de Nápoles para regresar aquí.

La linea del lago de Guardia está ocupada militarmente por las tropas austriacas, armadas y equipadas de campaña. Una orden del día encarga á los cazadores se conduzcan con valor, añadiendo que el camino de Milan está abierto al ejército austriaco por la revolucion que acaba de tener lugar en Bergamo y Brescia.

Un periódico francés da la siguiente noticia:

El gran personaje que preside la cámara de los comunes, ha desafiado á la carabina al lord canceller de Inglaterra, personaje no menos grave, el cual preside la cámara de los lores; el lord canceller ha aceptado el desafio. Diez de los diputados pelearon contra diez lores; y lord Palmerston, con ese acento jovial de que él solo posee el secreto, ha expresado en el Parlamento su esperanza de que jamás habrá habido en las dos cámaras una lucha mas seria.

COMPANIA DE CIENTO DECIMOS DE BILLETES.

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores que la compañía ha llenado completamente el cupo de los trescientos duros necesarios para los Cien décimos de billetes del sorteo que se celebró el 24 y del que en la cubierta de este periódico damos cuenta.

Esto nos enorgullece en alto grado, por cuanto no hace veinte dias que anunciamos este pensamiento y parece imposible que por participaciones de á cinco reales se hallan espendidos los mas. Esto nos viene á demostrar la confianza con que el público mira cuanto sale de nuestra Empresa, si esa demostracion no la tuviéramos ya hace mucho tiempo, de parte de nuestros constantes suscritores. Esta compañía continuará con los Cien décimos aumentando las fracciones hasta billetes enteros, á fin de ofrecer en adelante probabilidades de ganancias fuertes.

Propietario y editor responsable.—D. José Morales y Rodriguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodriguez, Caballero de Gracia, 15.